



MINISTERIO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

Protegidos por la Mano de Dios:

(Testimonio)

Hace algún tiempo, Daniela y yo viajábamos en nuestro auto por la ciudad. Veníamos conversando animadamente, y yo manejaba casi de manera automática. Íbamos rumbo a su trabajo. Conocía la ruta de memoria; incontables veces había pasado por ese mismo camino. Sin embargo, bien sabía que había sólo un par de cuadras dentro del trayecto que debía evitar, porque allí existe un pequeño barrio carenciado, lo que en Argentina llamamos “villas”. Sus habitantes, en general personas de muy humilde condición y trabajadores, lamentablemente conviven con otros que han elegido vivir del mal, robando y hasta asesinando si es necesario.

Conozco muy bien el peligro de ese lugar. El hijo de un amigo de mi familia murió allí, víctima de una trampa similar a la que Daniela y yo estábamos a punto de caer... increíblemente, por mi propio descuido. Conversando entretenidos, omití doblar donde debía y cuando tomé conciencia de mi error, ya era tarde. Frené en un intento desesperado de retroceder, pero otro vehículo detrás de mí bloqueaba cualquier maniobra de escape.

Con toda la precaución posible, decidí continuar la marcha, extremadamente alerta. Sabía que la táctica siniestra en estos lugares suele ser la de acostar a menores en el camino para impedir el paso... a menos que uno decidiera algo tan trágico como atropellarlos. Durante los primeros metros de esa cuadra fatídica, todo parecía normal. A mi derecha, dos camiones estacionados reducían notablemente el paso de los vehículos como el nuestro.

De pronto, de entre los camiones, aparecieron dos personas encapuchadas. Sus manos en los bolsillos, sus miradas desafiantes, sus cuerpos obstaculizando lo poco que quedaba de la calle. Caminaban directamente hacia el frente de nuestro vehículo, que todavía avanzaba lentamente. Mi instinto natural me hizo frenar. Tenía opciones mínimas: intentar retroceder embistiendo el vehículo detrás nuestro, avanzar atropellándolos, o quedarme quieto sin saber qué esperar.

Mientras mi mente se debatía entre todas esas posibilidades, descubrí en mí un instinto de supervivencia que jamás había sentido antes. Sin pensarlo demasiado, decidí acelerar el auto para tratar de salir de allí. Sabía que, lamentablemente, en nuestro país por un simple par de zapatillas alguien puede perder la vida y nosotros estábamos en una mucho peor situación. Solo quise salir de allí, pero cuando

aceleré... el auto solo hizo ruido. No se movió un centímetro. ¿Qué había pasado? En mi desconcierto descubrí que la palanca de cambios estaba en neutral. Yo venía en marcha, solo había frenado, ¿cuándo la coloqué allí? Nunca lo supe. Siempre he pensado que tal vez un ángel del Señor colocó la palanca en neutral, porque conociéndome mejor que yo mismo, sabía que mi impulso no era la salida correcta. Tal vez un día en el Cielo lo sabré.

Mientras todo esto sucedía, los encapuchados ya estaban frente a nosotros. Uno de ellos avanzó más rápido; su propósito parecía ser encañonarnos a través de la ventanilla. El otro permanecía delante, bloqueando la calle. Cuando el primero se acercó al paragolpes, miró intensamente hacia adentro del auto, donde estábamos solamente Daniela y yo. Lo vimos esforzarse por distinguir quiénes éramos. Apenas segundos después, inclinó el rostro, pasó por al lado de nuestro vehículo y, sin pronunciar palabra, se internó en uno de los pasillos del asentamiento.

El segundo individuo hizo lo mismo: apenas nos miró de reojo mientras pasaba al lado de nosotros, sin detenerse ni intentar nada. Se perdió también entre las viviendas.

Hasta el día de hoy, Daniela y yo nos preguntamos: *¿qué habrán visto dentro del auto para desistir tan abruptamente? ¿Por qué no atacaron al vehículo que venía detrás? ¿Qué presencia los hizo retroceder sin siquiera intentarlo?* No hubo gritos, no hubo sirenas, no hubo policías. Nadie vino en nuestro auxilio... al menos nadie que pudiésemos ver con nuestros ojos naturales. Siempre imagino que tal vez los rostros asustados de Daniela y míos fueron reemplazados por soldados celestiales de elite, fuertemente armados, que causaron terror en sus corazones.

Así, libremente, puse primera y salimos de aquel lugar ilesos, con nuestras vidas y nuestras pertenencias intactas. No existen palabras suficientes para expresar nuestro agradecimiento a Dios por tantas y tantas veces en las que nos ha librado del mal. Este es apenas uno de los muchos testimonios que podríamos compartir. En todos ellos, siempre sucede lo mismo: Dios recibe toda la gloria, la honra y el honor que solamente a Él pertenecen.

Siempre recuerdo con cariño aquella frase que los niños pronuncian cuando están en apuros: *"¡Te voy a acusar con mi papá!"* En ese momento me sentí así: vulnerable, indefenso, con el amor de mi vida a mi lado sufriendo una situación terrible, provocada por mi propia falta de atención. Pero recordando a los niños, también podría decir: *"Te voy a acusar con mi Papá."*

Y *¿saben qué? ¡No necesito acusar a nadie! Porque nuestro Papá siempre está con nosotros.*

Te abrazo con el corazón y espero que esta experiencia sirva como testimonio fiel del inmenso amor, cuidado y protección que Dios nos brinda siempre, en todo momento, en todo lugar.

Hasta cualquier momento.

GLORIA A DIOS !!!

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia".
(Prov. 17:17)



REFLEXIONA CON DIOS

